

## ¿Privado o público?: maldito dogma

Alfredo Acle Tomasini©

Cuando las cosas las queremos ver a través del lente de cualquier dogma, nuestra perspectiva será, por definición, muy estrecha, y probablemente, terminemos atrapados en el inmovilismo. Y así, atrapados, parece que nos encontramos ahora, cuando se debate la reforma eléctrica. Pero lo curioso, es que tanto los que la impulsan, como quienes la impugnan, ven a los otros aferrarse a su respectivo dogma, y nunca se ven ellos, haciendo exactamente lo mismo. Así, escuchamos desde los más trillados argumentos del credo privatizador hasta los más encendidos argumentos nacionalistas.

Peor aún resulta el hecho, de que producto de la endémica falta de planeación que padecemos, el debate de la reforma eléctrica, como ha ocurrido y ocurre con tantas otras iniciativas críticas para la vida del país, se da, sin antes haber definido una estrategia nacional en materia energética, que hubiere tenido como fundamento, un análisis de los escenarios nacionales e internacionales, que presumiblemente enfrentará la nación en los lustros por venir.

Al carecer de un marco de referencia, que sería vital para propiciar un entendimiento común entre todos los participantes, no es extraño observar que dicho debate se haya convertido en una confrontación de ideologías, lo cual hace, por un lado, en extremo difícil conciliar posiciones, y por el otro, impide encauzar la energía y talento de los contendientes hacia la elaboración de opciones, porque siempre será difícil ponerse de acuerdo en el “cómo”, cuando no se entiende el “para qué”.

Caro nos ha salido en el pasado apegarnos al dogma. Ahí está el costo del rescate bancario, cuya magnitud pudo haber sido considerablemente menor, si se hubiera actuado con mayor prontitud. Pero, el dogma, nos ató las manos e impidió que viéramos lo evidente.

Fue obvio, desde principios de 1995, que al haberse cuadruplicado la tasa de interés, le era imposible a una enorme cantidad de deudores bancarios pagar sus créditos. Ello dio inicio a una bola de nieve que rápidamente hizo que el monto de esas deudas crecientes superara el valor de los bienes que supuestamente las garantizaban. Por ello, aun cuando para muchos individuos fue doloroso perder parte de su patrimonio, esta opción era más inteligente que pagar un monto que rebasaba con creces el valor del bien que estaban adquiriendo.

Cuando una persona o una empresa se enfrenta a compromisos, que además de superar su capacidad de pago están por encima del valor de sus bienes, estará en una quiebra. Cuando la mayor parte de los clientes de un banco se encuentran en esta situación, él también estará en quiebra. Y, cuando a la mayoría de las instituciones financieras de un país pasan por este problema, su sistema bancario también estará en quiebra. Por lo que no habrá más salida que su rescate con fondos públicos.

Pero esto no se quiso reconocer en un principio, porque el dogma neoliberal claramente descartaba la intervención del estado, a la vez que apostaba a las fuerzas del mercado como mecanismo corrector. Así se establecieron diversos y fallidos programas de rescate a

deudores, hasta que ocurrió lo inevitable, los contribuyentes nos hicimos cargo de una deuda, cuyo monto pudo haber sido sensiblemente menor. Por ello, el gran error del rescate bancario no está en haberlo hecho, sino que se hizo de manera tardía, lo cual implicó asumir como públicas, deudas que en gran parte no son más que montañas de papel, creadas por meses y meses de capital e intereses no cubiertos.

Los dogmas de cualquier signo limitan la posibilidad de plantearnos alternativas, y a su vez nos hacen ignorar las lecciones de la historia. Desde esa perspectiva, se puede afirmar que un concepto que fue valioso para el desarrollo económico del país ha quedado en el olvido: el de la economía mixta, y en ese mismo sentido, también hemos olvidado que con idénticos argumentos, como los que hoy se utilizan para defender la privatización de la industria eléctrica, antes se usaron para justificar la de los bancos, las carreteras y la de empresas, que son hoy onerosas cargas o fierros viejos sujetos a remate.

Por qué, ante la escasez de recursos, y dada la importancia estratégica que tienen los energéticos para la vida del país, no planteamos opciones para asociar al capital público con el privado, compartiendo costos y beneficios. ¿Por qué parece que no hay más opción que lo público o lo privado? Quizá no sea la falta de recursos nuestra principal carencia, sino la falta de imaginación. Maldito dogma.